

El señor Bravo
informó lo siguiente:

Me hallaba en Coscomatepec con cuatrocientos cincuenta hombres, cuando se me presentó el 28 de julio Conti, con parte de su cuerpo, de Blancales y de las villas, en número de setecientos hombres. Atacóme en punto de las doce del día, después de haber caído un recio aguacero, y lo hizo con tanta intrepidez, que llegamos a las bayonetas; mis soldados se defendieron dándoles de palos con los fusiles, y aun les arrojaron lodo a la cara. Logré rechazarlos en menos de media hora, y me dejaron porción de muertos. Todavía después de concluido el ataque quedaron detrás de las paredes del pueblo y de los árboles; así es que se retiraron. Entonces cargó una partida de las de mi caballería sobre ellos, y helos aquí dispersos y renegando con la oscuridad de la noche por aquellos barriales, lo que me proporcionó tomarles algunos fusiles y dos cargas de parque, que me vinieron bien; entraron en la villa bien escarmentados.

Comprometido el honor militar, formalizaron un sitio sobre la plaza. Conti y don Juan Cándano se me dejaron ver en 5 de septiembre con más de mil ochocientos hombres; yo contaba con quinientos para defenderme. En el mismo día hicieron una tentativa bruscamente, de la que salieron tan lucidos como de la primera. Cándano dispuso luego establecer obras en todo el frente de la línea, y al oeste del pueblo levantó una batería obrando en sitio. El 15 de septiembre le llegó un refuerzo al mando del teniente coronel Montiel. El 16 hubo un movimiento general en toda la línea, y me atacaron con tanta fuerza, que al pie de mis parapetos y dentro del foso, después de rechazados, quedaron tantos cadáveres, que fue necesario arrastrarlos y sepultarlos para que no nos apestasen. En este día que herido Conti, don Tomás Layzaca, los subalternos Novoa, Toledo y el capitán de Asturias Severías. Yo tuve doce muertos y dieciocho heridos; entre éstos el capitán don Nicolás Agüero, don Nicolás Agüero que hacía de mayor de plaza, y el capitán de la primera de fusileros don Juan Galindo. El fuego sobre la plaza a pesar de esto era sin intermisión de día y de noche. El 27 de septiembre los capitanes Machorro y Montiel, aparecieron sobre el enemigo, y le atacaron, obligándolo a dejar el destacamento que tenía en el río; retiróse con algún destrozo, porque se le cargaron recio. El 29 de septiembre llegó el coronel don Luis del Águila a recibir el mando del ejército sitiador, para el que traje no poco refuerzo de artillería gruesa, hombres y toda clase de auxilios; de éstos carecía yo, en términos que hubo día en que racioné a mi tropa con chayotes, fruta que abunda mucho en aquel pueblo. (Sicos dulcis, según el lenguaje botánico), que en breve se acabó. Escaseábame el parque, y era necesario ocultar esta falta a la tropa de mi mando para no desalentarla. Hice desbaratar los saquetes de mis cañones y encartuchar la pólvora para los fusiles; mas con esta economía apenas me bastó para dar una parada de cartuchos por plaza. En tal conflicto, y conociendo por las disposiciones que note en el nuevo sitiador que me iba a atacar de un modo irresistible, me decidí a romper el sitio la noche del 4 de octubre. Sólo yo supe este secreto.

A las once de la noche, después de enterrada mi artillería chica, y clavada la grande, que eran dos cañones, avisé a la gente del pueblo: todos nos decidimos a morir o escapar. Tomamos el camino de San Pedro Lahuatlán; nos encontramos con el destacamento del río destrozado antes por Machorro, y por allí salimos en rigurosa formación sin disparar un tiro. Bajamos al pueblo de Ocotlán, donde comió la tropa, y continué la marcha para Huatuzco; llegué al tercero día, y allí descanso la división.

RELACIÓN DEL SEÑOR BRAVO, SOBRE EL SITIO DE COSCOMATEPEC 27 de septiembre DE 1813

El señor Bravo informó lo siguiente.— Me hallaba en Coscomatepec con cuatrocientos cincuenta hombres, cuando se me presentó el 28 de julio Conti, con parte de su cuerpo, de Tlaxcala y de las villas, en número de setecientos hombres. Atacóme en punto de las doce del día, después de haber caído un recio aguacero, y lo hizo con tanta intrepidez que llegamos a las bayonetas; mis soldados se defendieron dándoles de palos con los fusiles, y aun les arrojaron lodo a la cara. Logré rechazarlos en menos de media hora, y me dejaron porción de muertos. Todavía después de concluido el ataque quedaron detrás de las paredes del pueblo y de los árboles; así es que se retiraron. Entonces cargó una partida de las de mi caballería sobre ellos, y helos aquí dispersos y renegando con la oscuridad de la noche por aquellos barriales, lo que me proporcionó tomarles algunos fusiles y dos cargas de parque, que me vinieron bien; entraron en la villa bien escarmentados.

Comprometido el honor militar, formalizaron un sitio sobre la plaza. Conti y don Juan Cándano se me dejaron ver en 5 de septiembre con más de mil ochocientos hombres; yo contaba con quinientos para defenderme. En el mismo día hicieron una tentativa bruscamente, de la que salieron tan lucidos como de la primera. Cándano dispuso luego establecer obras en todo el frente de la línea, y al oeste del pueblo levantó una batería obrando in sitio. El 15 de septiembre le llegó un refuerzo al mando del teniente coronel Martínez. El 16 hubo un movimiento general en toda la línea, y me atacaron con tanta fuerza, que al pie de mis parapetos y dentro del foso, después de rechazados, quedaron tantos cadáveres, que fue necesario arrastrarlos y sepultarlos para que no nos apestasen. En este día fue herido Conti, don Tomás Layzaca, los subalternos Novoa, Toledo y el capitán de Asturias Severías. Yo tuve doce muertos y dieciocho heridos; entre éstos el capitán don Nicolás Anzures, don Nicolás Agüero que hacía de mayor de plaza, y el capitán de la primera de fusileros don Juan Galindo. El fuego sobre la plaza a pesar de esto era sin intermisión de día y de noche. El 27 de septiembre los capitanes Machorro y Montiel, aparecieron sobre el enemigo, y le atacaron, obligándolo a dejar el destacamento que tenía en el río; retiróse con algún destrozo, porque se le cargaron recio. El 29 de septiembre llegó el coronel don Luis del Águila a recibir el mando del ejército sitiador, para el que traje no poco refuerzo de artillería gruesa, hombres y toda clase de auxilios; de éstos carecía yo, en términos que hubo día en que racioné a mi tropa con chayotes, fruta que abunda mucho en aquel pueblo, (Sicos dulcis, según el lenguaje botánico), que en breve se acabó. Escaseábame el parque, y era necesario ocultar esta falta a la tropa de mi mando para no desalentarla. Hice desbaratar los saquetes de mis cañones y encartuchar la pólvora para los fusiles; mas con esta economía apenas me bastó para dar una parada de cartuchos por plaza. En tal conflicto, y conociendo por las disposiciones que note en el nuevo sitiador que me iba a atacar de un modo irresistible, me decidí a romper el sitio la noche del 4 de octubre. Sólo yo supe este secreto.

A las once de la noche, después de enterrada mi artillería chica, y clavada la grande, que eran dos cañones, avisé a la gente del pueblo: todos nos decidimos a morir o escapar. Tomamos el camino de San Pedro Lahuatlán; nos encontramos con el destacamento del río destrozado antes por Machorro, y por allí salimos en rigurosa formación sin disparar un tiro. Bajamos al pueblo de Ocotlán, donde comió la tropa, y continué la marcha para Huatuzco; llegué al tercero día, y allí descanso la división.

COMUNICACIONES

SECRETARÍA DE INFRAESTRUCTURA, COMUNICACIONES Y TRANSPORTES

EL MIRADOR

<https://elmirador.sct.gob.mx/>

Por aquí pasó



LA INDEPENDENCIA Y
LA REVOLUCIÓN EN EL
SISTEMA CARRETERO
NACIONAL

